

Evangelizar en la tierra del Dios olvidado

Joan Mesquida Sampol

Doctor en Derecho y Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración
E-mail: mail@jmesquida.com

Recibido: 28 de agosto de 2014
Aceptado: 8 de septiembre de 2014

RESUMEN: Mucho se habla de la necesidad de reevangelizar Occidente, pero se olvida que han desaparecido los presupuestos básicos para ello. La gente vive como si Dios no existiera, no se cuestiona el sentido de su vida y ve la idea de Dios que tenemos los cristianos como algo ridículo y trasnochado. Mientras eso ocurre, la iglesia, tanto laicos como religiosos y ministros ordenados, parecen en muchos casos seguir con las mismas herramientas de evangelización de hace siglos, hoy superadas e ineficaces. Antes que reevangelizar, hace falta una labor de preevangelizar.

PALABRAS CLAVE: nueva evangelización, preevangelización, *Evangelii Gaudium*, laicos, ateísmo.

Parece una cuestión indiscutible en nuestra sociedad el hecho de que Dios no existe. Digo parece, pues aunque esta afirmación se ajusta mucho a la realidad, requiere de unos cuantos matices.

Una cuestión indiscutible, decimos, pero sobre todo indiscutida. Hoy prácticamente nadie habla de Dios. No es noticia. Es cierto que hace ya mucho tiempo que no se produce ningún tipo de teofanía que sea digna de las primeras páginas de la prensa. Pero tampoco tenemos demasiadas garantías de que, de ocurrir, no fuera vista como un fenómeno natural o se

viera a través del prisma de alguna teoría conspiratoria más mundana que divina. Pero Dios ni aparece ni se nos aparece. Tan solo de forma muy ocasional surgen debates provocados por los siempre devotos ateos, bien sea a causa de haber hallado alguna partícula subatómica, bien por alguna innovadora técnica médica que permite elegir el sexo o las medidas de los niños antes de ser concebidos.

Curiosamente, fuera de estos debates, a Dios se le menciona poco. Ni siquiera por parte de los creyentes. Se habla poco de religión pero cuando sale el tema, normal-

mente es para hablar de curas, del Papa o de la labor social de la iglesia, no de Dios. Como mucho se habla de dioses, de energías o de fuerzas, siempre en el ámbito de la más pura corrección política. El Dios cristiano es solo uno más dentro del catálogo de religiones, terapias y filosofías adaptables a cada situación. Lo que se lleva es el sincretismo politeísta y polivalente. Vamos, que uno puede ser un budista no practicante entre semana y caballero Jedi los sábados, para que la fuerza lo acompañe.

Por tanto no se discute de Dios, no se habla de él. Pero la cosa va más allá. Se vive como si Dios no existiera, *etsi Deus non daretur*, aunque desconozcan la famosa apuesta de Pascal¹, pues ni siquiera son conscientes del riesgo. Se vive de espaldas a Dios, desconociéndolo. Por eso es bastante ajustado a nuestra realidad social afirmar que Dios no existe, salvo, por supuesto, algunas excepciones.

También es verdad que el lugar vacío que ocupaba Dios no siempre ha sido llenado del todo por otras

realidades. Muchos sostienen, por el contrario, que la divinidad vuelve a ocupar su lugar natural, demandada por la propia naturaleza humana que ansía la infinitud para explicar el sentido de su propia existencia². Algo de razón hay detrás de estas afirmaciones, en el sentido de que todo hombre siente esa necesidad de abrirse «a algo o a alguien». Pero de ello no se desprende que ese «algo» sea Dios, ni mucho menos la idea de Dios que pueda tener un católico.

No hay lugar para Dios

Lo apunta muy bien en este sentido Walter Kasper cuando afirma que: «el llamado retorno de la religión no devuelve simplemente la fe cristiana en Dios ni llena los bancos vacíos de los templos. A menudo desemboca en una religión individualista invisible que descubre en la vida cotidiana huellas de una divinidad»³. Por tanto, es importante no llevarse a engaños en el sentido de que el redes-

¹ Pascal argumentaba que era mejor, por una pura cuestión estratégica, vivir como si Dios existiera, pues si efectivamente no existe, nada se pierde con ello; pero si al final existe, esto garantiza la salvación y, en cambio, de haber vivido como si no existiera, supone la condena eterna.

² Cfr. Benedicto XVI, en la audiencia del 11 de mayo de 2011, que puede consultarse en www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/audiencias/2011/documents/hf_ben-xvi_aud_20110511_sp.html

³ WALTER KASPER, «Es tiempo de hablar de Dios», en G. AUGUSTIN (ed.): *El problema de Dios, hoy*, Sal Terrae, Santander 2012, 19.

cubrimiento de la religión no implica una reversión del proceso de descristianización. Todo lo contrario, pues como pone de manifiesto Kasper, hoy es común la opinión de que las religiones monoteístas son violentas e intolerantes y, por ello, lo que se lleva es un tipo de pluralismo religioso más o menos *light* como alternativa a aquellas⁴. Pluralismo que aboca a un dios o dioses absolutamente instrumentalizados y al servicio del individuo, algo radicalmente opuesto al monoteísmo cristiano y que, además, resulta incompatible con la pretensión de universalidad del cristianismo, como advierte Kurt Koch⁵.

Es por ello que perfectamente podríamos pensar que esta vuelta a la religiosidad, que algunos contemplan con cierto optimismo, puede resultar peor que el ateísmo. Pero no se trata solo de pluralismo religioso. No podemos olvidar que el pensamiento ilustrado dominante en nuestra sociedad rechaza la idea de un Dios en la historia, de un ser trascendente que de alguna manera afecta e influye en la vida de cada uno de nosotros y de forma personal. Para el hombre

moderno, se trata de una idea inconcebible⁶.

Por tanto, podemos afirmar que Dios no existe en un sentido sociológico (que no ontológico) pues no se halla presente en nuestra sociedad. Como tampoco se da, como vemos, una cosmovisión favorable para ello. ¿Por qué? Pues, como mínimo, por las siguientes razones:

a) En primer lugar, por la dominante corriente de pensamiento de carácter materialista, que niega cualquier tipo de ente trascendente o de conexión espiritual. La creación del mundo se explica por sus propias leyes y, en último término, por cuestiones puramente azarosas. Como cualquier cuestionamiento metafísico queda fuera del alcance de la ciencia, éste simplemente deja de plantearse. Las inquietudes espirituales, como las artísticas o las culturales, tienen su explicación química y se incardinan dentro de las propias leyes evolutivas naturales, sea para la transmisión de conocimientos que permitan un mayor índice de supervivencia, sea para la reproducción de la especie, o sea porque se trata de estadios precientíficos pasajeros. En definitiva, o toda pregunta tiene (o tendrá en el futuro) su

⁴ W. KASPER, *op. cit.*, 22.

⁵ K. KOCH: «El problema de Dios en la sociedad y en la Iglesia», en G. AUGUSTIN (ed.), *op. cit.*, 37.

⁶ K. KOCH, *op. cit.*, 51.

explicación científica, o hay que concluir que la pregunta carece de sentido.

- b) Paralelamente a la anterior, convive una corriente generalizada que ve al individuo como patrón para todas las cosas. La persona es el centro del universo y su voluntad es la medida moral. Solo la necesidad derivada de la convivencia con otros da lugar a convenciones y normas, supeditadas en todo caso a ese fin, negando la existencia de valores absolutos. Ello implica, por ejemplo, que se niegue la existencia de una ley natural y de unos valores universales, por lo que cualquier código moral vale siempre que respete esos mínimos de convivencia que, por supuesto, varían en el tiempo. En cualquier caso, el hombre es un fin en sí mismo y no está llamado a nada más que no sea la obtención de su propia satisfacción o placer.

No puedo extenderme más en este aspecto, por lo demás conocido. Sin embargo cabe apuntar que esta concepción del individuo es claramente incompatible con una religión como la cristiana. Ésta, en cuanto que supone unos valores morales heterónomos, es considerada como fundamentalista y propia de individuos irreflexivos y carentes de capacidad crítica.

En definitiva, el postulado máximo del cristianismo, amar a Dios sobre todas las cosas y, por tanto, por encima de uno mismo, para el hombre actual es sencillamente delirante e inhumano.

Se vive pues *etsi Deus non daretur*. No se necesita a Dios, pues carece de una función clara y fundamental en nuestra sociedad y la religión queda relegada al ámbito privado y afectivo, como un refugio terapéutico. Pero, como hemos dicho, poco tiene que ver esta nueva religiosidad con la religión de nuestros ancestros, y ya no digamos con el cristianismo tal y como se vivía siglos atrás. La religión que busca la gente de hoy se configura como si fuera una tienda online donde a través de filtros podemos elegir aquello que nos gusta y eliminar lo que nos disgusta, adquiriendo un «credo» a nuestra medida. Porque, evidentemente, en las actuales divino-terapias, es Dios quien se acomoda al hombre y no al revés.

Ahora bien, como certeramente pone de manifiesto Kasper, «no se puede eliminar a Dios y esperar que todo lo demás siga como antes»⁷. Dios da sentido completo a las grandes preguntas del hombre, como el sentido de la existencia, la realidad de mal o el fundamento de la libertad. La ausencia de Dios nos lleva al des-

⁷ W. KASPER: *El Dios de Jesucristo*, ed. Sal Terrae, Santander 2013, 57.

moronomiento de la estructura de sentido que nos intentamos proporcionar como respuesta a estas cuestiones y caemos irremediabilmente en el absurdo, en el nihilismo que proféticamente anunciara Friedrich Nietzsche hace más de un siglo. Nihilismo que convierte al hombre en un mero ser biológico evolutivamente avanzado o en un conjunto de sujetos interrelacionados en un sistema complejo que llamamos sociedad. En todo caso, el hombre, antaño semejante a Dios, se cosifica, deja de ser sujeto para ser objeto de estudio para las diferentes ramas del conocimiento científico. Pierde todo su misterio y, a la postre, su valor acaba siendo cuantificable, una variable más a tener en cuenta, tanto en las grandes decisiones políticas mundiales como en la planificación de las vacaciones familiares y el eterno problema de dónde dejar aparcados a los abuelos.

Llamados a resembrar la viña del Señor

¿Qué puede (y debe) hacer la Iglesia ante esta situación? Como vemos, el paisaje no es alentador, pero el mandato de Cristo es claro: «*id y haced discípulos de todas las naciones, bautizadlos para vincularlos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo*» (Mt 28, 19). Se trata de un mandato directo que no puede quedar en un extraño vacío. El Papa Francisco no

deja lugar a dudas: «Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados»⁸. Cada uno de nosotros, en cuanto que creyentes, somos agentes evangelizadores y estamos obligados a actuar en la medida de nuestras posibilidades y capacidades. Y para ello debemos formarnos, crecer en la fe y actuar. Pero la urgencia del momento es tal que no caben excusas ni esperas⁹.

El mandato es claro, sí, pero los frutos no se ven. Alguno recordará aquello de que «*la mies es abundante y los braceros pocos*» (Mt 9, 37), pero ¿es sólo un problema cuantitativo? No lo parece. Echemos mano de algunos datos.

Según el último barómetro del CIS (julio 2014),¹⁰ el 69,7% de los

⁸ *Evangelii Gaudium*, 120.

⁹ *Evangelii Gaudium*, 121.

¹⁰ Estudio n.º 3033. Barómetro de julio 2014, del Centro de Investigaciones Sociológicas. Consultado en la dirección web siguiente el 6 de agosto de 2014: http://datos.cis.es/pdf/Es3033mar_A.pdf

españoles se confiesa católico. Sin embargo, los católicos que siguen «en activo» parecen ser bastantes menos. Si tomamos la asistencia dominical a misa como indicador de ese carácter «activo», nos vamos a los 4,3 millones, el 9% de la población. Queda claro al menos, y pese a las resistencias de algunos, que los católicos en España somos una minoría. Otros datos interesantes son los relativos a las ratios de sacerdotes y religiosos¹¹. En 1973 había un sacerdote diocesano por cada 950 asistentes a misa y en 1978 la ratio se redujo a un sacerdote por cada 600. Hoy, hay un sacerdote diocesano cada 240 asistentes.

Al margen de otras conclusiones que puedan derivarse de estos datos, no parece que el problema sea la falta de braceros sino de mera gestión de recursos humanos, si se me permite esta expresión tan fea como poco bíblica. Dicho de forma más clara, para el servicio o la asistencia de los que vamos a misa y somos, por decirlo de alguna manera, «católicos en activo», sobran curas, templos y pa-

¹¹ Los datos históricos son tomados de J. DOMÍNGUEZ ROJAS: «La Iglesia española en cifras. Análisis de los datos estadísticos (1960-1980)», en *Anuario de historia de la Iglesia*, n.º 10, 2001, 31-55. Puede consultarse en <http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/251660.pdf>

rroquias. Naturalmente, cuando de evangelizar se trata, el número de destinatarios aumenta pues el objetivo no son solo los activos, sino también esa gran masa de católicos estadísticos, es decir, los bautizados que ni viven su fe ni recuerdan siquiera como era eso, y el menor pero creciente número de personas que no están bautizadas ni han tenido contacto alguno con la Iglesia.

En cualquier caso, los agentes evangelizadores no son solo los sacerdotes y religiosos. El mandato de Jesús va dirigido a «cada uno de los bautizados», como hemos visto. El grupo es también bastante numeroso. Es cierto que los que nos declaramos católicos y acudimos a los lugares de culto semanalmente somos menos que los que se definen ateos¹². Sin embargo, no existe en nuestro país organización alguna que movilice a cuatro millones de personas, domingo tras domingo. Por el contrario, es verdad que el grupo, aunque numeroso, es poco cualificado comparado con los sacerdotes o religiosos. La formación de los adultos es mínima, apenas hay catequesis para ellos y las homilias no siempre tienen un necesario contenido catequético que supla esa carencia.

¹² Así se declaran el 10% de los encuestados, según el mismo estudio del CIS.

Pero el laico cuenta con la ventaja de encontrarse en el que es el ámbito social más propicio hoy para la evangelización: la familia. En una familia católica todavía se reza, se habla de Dios, está presente el Evangelio. Ya no se encuentra nada de esto en la calle, ni en los lugares de trabajo ni en muchas escuelas. En las familias, en los hogares, sigue Dios estando presente. Aun así, la tendencia no es buena y cada vez hay menos familias creyentes¹³. Por tanto, como en el caso de los sacerdotes, existe un potencial humano importante pero que no se acaba de activar, no ejerce como tal, en general, esa labor evangelizadora. Los problemas y los obstáculos no son tanto cuantitativos como cualitativos. Se echa en falta una estrategia.

Reevangelizar: una estrategia para recuperar el viñedo

Cualquier planteamiento sobre cómo debe encararse el problema de la nueva evangelización debe

¹³ Frente al actual 69,7%, hace 10 años, el 79,1% de los españoles se declaraban católicos, de los que el 19% iba a misa los domingos (hoy solo es un 13%). Cfr. con el estudio n.º 2.568. Barómetro de junio 2004, del Centro de Investigaciones Sociológicas, en http://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/2560_2579/2568/Es2568.pdf (consultado el 7 de agosto de 2014).

partir de un claro diagnóstico sobre los puntos débiles, sobre aquello que falta o sobre los errores cometidos. No es éste el lugar para entrar en detalles, sí bien ya he apuntado que no es tanto, al menos en nuestro país, la falta de personas que potencialmente podrían realizar esta labor como el hecho de que estas personas asuman el compromiso y lo hagan de forma eficaz. El verdadero problema no son los obreros, en cuanto al número, sino los estragos producidos en la viña y, en todo caso, la peregrina de muchos de los obreros para recuperarla, posiblemente demasiado acostumbrados a las viñas resplandecientes que fructifican sin esfuerzo¹⁴. Por tanto, procederemos directamente a proponer una serie de ideas que deberían, a nuestro juicio, estructurar esta estrategia, sin perjuicio de las peculiaridades de cada ámbito concreto en que se ejecute.

Con frecuencia, identificamos la llamada nueva evangelización con la necesidad de volver a anunciar el Evangelio a todos aquellos que de una manera u otra se han alejado de la Iglesia. Sin embargo, olvidamos que buena parte de nuestros conciudadanos no se han alejado realmente de la Iglesia sino que

¹⁴ El papa FRANCISCO, en la ya citada *Evangelii Gaudium*, n.º 76 y ss., esboza sagazmente estas patologías, por lo que nos remitimos a su lectura.

nunca han estado en ella. La mayor parte de estas personas, junto con otras que fueron en su día bautizados y tuvieron una infancia en un entorno más o menos cristiano, hoy han olvidado completamente a Dios. No se plantean la existencia de un nexo trascendental que dé sentido a las grandes preguntas de la vida. No es que rechacen este nexo, simplemente no se les ocurre preocuparse por el tema o, sí lo hacen, es de forma banal, con la misma seriedad con que se escriben la mayoría de horóscopos en los periódicos.

Esto supone que el Evangelio no será una respuesta factible para esta gente que no se hace pregunta alguna. Es necesario, pues, suscitar esa curiosidad, provocar ese interrogante y, sólo después, ofrecer la respuesta definitiva que únicamente la Palabra de Dios puede dar.

Es indudable pues que, antes de sembrar, hay que arar y abonar ese campo hoy árido de toda vida espiritual. Y para ello hay que volver a estimular ese deseo de Dios, de misterio. Pero no podemos olvidar que ese estímulo lo exigimos a contracorriente. Quién acepte nuestro reto tiene que estar convencido y ser consciente de que, para muchos de los que le rodean, será una estupidez o una pura pérdida de tiempo.

Nadie se siente hoy empujado a creer, a dejarse llevar en un itinerario espiritual. Quién lo haga será a partir de una decisión personal y así será percibido. Los creyentes no dejaremos de ver aquí la mano salvífica del Espíritu Santo, pero no podemos pretender que el otro acepte esta perspectiva sin más. Nos encontramos en el ámbito de la pre-evangelización y, por tanto, no podemos hablar tanto de una acción exterior, de una conversión, como de una decisión libre del sujeto, de una convicción. No se trata de enmascarar las cosas sino de ofrecerles un nuevo horizonte vital en un formato entendible y aceptable para sujetos que han vivido siempre al margen de Dios.

Pasar a la acción

En una sociedad donde Dios carece de función alguna y donde la religión es vista como algo retrógrado o como una amenaza por su intolerancia y su tendencia a la violencia, no es fácil convencer a alguien para que se lea el Evangelio y, ya no digamos, un catecismo; o que acuda sin más a una parroquia y pida acceder a los sacramentos. Al contrario, muy posiblemente los primeros pasos que esa persona pueda dar provendrán de la convivencia con creyentes, de personas que sí viven convencidas

de que Dios existe y que el sentido de nuestra vida va mucho más allá de los confines de este universo de materia y energía.

El problema que nos encontramos aquí es la clandestinidad en la que parecen vivir la mayoría de cristianos en nuestro entorno. La religión queda relegada en el ámbito privado y familiar, nadie habla de Dios o de religión fuera de este entorno. Es más, ni siquiera la condición de creyente es perceptible en los hogares de muchos católicos, de donde han desaparecido crucifijos, imágenes y cualesquiera otros objetos que pudieran delatar su condición a las eventuales visitas. Este comportamiento, evidentemente, es difícilmente conciliable con el mandato misionero que nos legó Jesucristo.

Impulsar a los creyentes a manifestarse como tal, de forma pública, en su lugar de trabajo, con sus amigos, etc., es un elemento fundamental para conseguir esa pre-evangelización. Si los demás no perciben que personas como ellos, con su misma formación, con un nivel social similar, realmente viven como si Dios existiera, difícilmente acabarán siendo atraídos por la propuesta evangélica.

Ahora bien, tratándose, como hemos apuntado, de una decisión personal y puesto que nos encontramos en un entorno social

y cultural en el que el diálogo y el debate de ideas son importantes herramientas de convivencia, sin duda el sujeto animado por la presencia de creyentes, no sólo se interrogará a sí mismo, sino también al creyente que tendrá ante sí. En un ambiente hostil a estos temas, es fundamental que el creyente pueda aportar razones frente a las reticencias que le planteen. Una vez más se evidencia que la formación, sobre todo de los laicos, es fundamental. Por otro lado, también existe el riesgo de que el creyente caiga en una actitud de prepotencia hacia los demás, algo desgraciadamente común en ciertos grupos especialmente fervorosos, pero que provoca el automático rechazo de cualquier interlocutor medianamente inteligente. Cabe recordar aquí las palabras de San Pedro: «Si alguien os pide explicaciones de vuestra esperanza, estad dispuestos a defenderla, pero con modestia y respeto» (1Pe 3, 15-16).

El momento de los laicos

El papel de los laicos en este proceso de pre-evangelización y de reevangelización va a ser fundamental. Los laicos son, como nos recuerda el Santo Padre, la inmensa mayoría del Pueblo de Dios¹⁵,

¹⁵ *Evangelii Gaudium*, ob. cit., n.º 102.

y están llamados a ser actores activos en este proceso al igual que los ministros ordenados. Tienen la ventaja de estar en la primera línea del frente, inmersos en el mundo sin pertenecer a él (Jn 17, 14-16). Forman familias, las únicas estructuras sociales que permanecen inalteradas y siguen siendo fuente de amor, de solidaridad y de transmisión de valores. E incorporan la fuerza y el tesón, muchas veces minusvalorada por parte de la jerarquía eclesiástica, que supone la presencia activa y directiva de las mujeres.

Sin embargo, para convertir a ese laico en una fuerza evangelizadora decisiva y eficaz, falta superar importantes obstáculos. El primero de todos lo denuncia el Papa Francisco con valentía en la *Evangelii Gaudium*: el excesivo clericalismo. No puedo entrar aquí en mayores detalles, pero es evidente que dentro de la Iglesia entendida como Pueblo de Dios existe una estructura que, en lenguaje mundano, podríamos definir como político-burocrática, una estructura de relaciones de poder que poco tiene que envidiar a las terrenales y que, de hecho, históricamente les ha servido incluso de modelo. Espero no escandalizar a nadie con esto, pero dudo mucho que nadie con un mínimo atisbo de sentido común piense que la jerarquía eclesiástica es algo así como un coro de ángeles. Consecuentemen-

te, es humanamente comprensible (distinto es que sea teológicamente explicable) que los que hoy ostentan en mayor o menor grado el poder, no quieran compartirlo –aunque sea en parcelas menores y muy concretas– con ese nuevo grupo que son los laicos.

El otro gran obstáculo con que se encuentran los laicos a la hora de ejercer activamente su labor es la escasa formación. Como ya hemos apuntado, el testimonio vital siempre es importante y resulta fundamental en los primeros pasos de la pre-evangelización pero, tarde o temprano, las personas que se acerquen al creyente lo acabarán acribillando a preguntas.

La capacidad para dar respuesta a estas preguntas es vital. Nos puede gustar o no, pero es así. Hoy cualquiera que sale de la consulta de su médico sin estar convencido del todo, busca sus síntomas en Internet y saca sus conclusiones, por lo general disparatadas. Lo mismo ocurrirá con la persona que se acerque al creyente y este no sepa darle respuestas a sus inquietudes. En la red hallará respuestas de todo tipo, la mayoría de ellas bastante más atrayentes que las que un católico le puede ofrecer a una persona que se encuentra en ese estadio de pre-evangelización. Como creyentes, debemos ser bien conscientes que, cada vez que eso ocurre, se evidencia nuestro fracaso.

so y se pone en tela de juicio nuestro esfuerzo.

En definitiva, pues, la nueva evangelización precisa de una previa preparación del terreno, una pre-evangelización que incite a todos aquellos que viven *etsi Deus non daretur* a preguntarse acerca del sentido de la vida o de la existencia de una realidad inmaterial. Para esta tarea, el papel de los laicos, en la primera línea de fuego, es fundamental. Pero su eficacia como agentes evangelizadores dependerá de hasta qué punto la Iglesia será capaz de abandonar el excesivo clericalismo y ofrecerles un papel activo en esta tarea.

Por otro lado, el mayor peso del laico debe redundar en una mayor formación, pues tarde o temprano

deberá entablar un diálogo con los demás, responder a sus preguntas. Pero tan importante como la preparación resulta fundamental el testimonio personal del creyente, tanto laicos como ministros ordenados y religiosos. La experiencia de fe es vital, no meramente intelectual. Y como apuntó Pablo VI, «el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan, es porque dan testimonio»¹⁶ ■

¹⁶ PABLO VI: *Evangelii nuntiandi* (Exhortación apostólica), n. 41, en http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19751208_evangelii-nuntiandi_sp.html (consultada el 13 de agosto de 2014).